

APROXIMACION A LA FOLKMEDICINA DE CARTAGENA

CARLOS FERNANDEZ ARAUJO

El estudio del conocimiento popular que acerca de la enfermedad posee el cartagenero, lo venimos haciendo desde hace un par de décadas. En el año 1974, tras la publicación de múltiples artículos, vio la luz nuestra obra *Medicina Popular en Cartagena*, iniciando el mapa de Folkmedicina en España. Desde entonces nuestro archivo se ha visto enriquecido con innumerables e inéditas fichas, tras una larga *labor de campo* que nos hace tener una visión global de la Folkmedicina en la zona, que se suma a las de otras de la región de Murcia investigadas en el Seminario de Historia de la Medicina que, desde la Facultad de dicha Universidad, dirige el profesor P. Marcet Campos.

A principio de siglo, Cartagena se cuenta entre las nueve primeras ciudades de España. Su engrandecimiento va en aumento hasta que en el año 36 se ve cortado bruscamente por la tragedia nacional.

Luego, poco a poco, ha ido rehaciéndose, superándose, hasta llegar a ser el mayor complejo industrial del sureste.

Sin embargo, y a pesar del desarrollo alcanzado en todos los órdenes, existen en materia médica grandes lagunas en las que se nota una gran supervivencia de la medicina popular.

Gracias a la etnología, antropología e histografía podemos realizar un compendio de ello basándonos en los elementos esenciales de la *medicina popular*: mágicos o supersticiosos, religiosos y naturales.

La *medicina supersticiosa* invoca a los poderes sobrenaturales, ajenos a Dios, para el diagnóstico y curación de las enfermedades. Se sirve de amuletos, conjuros, ensalmos, brujas, etcétera.

La quiromancia, reflejo de la magia blanca, es practicada por las gitanas de Santa Lucía, así como la cartomancia y la oniromancia por las espiritistas de la ciudad. Igualmente frecuente es la vana observancia por la que las gentes de nuestros alrededores pronostican acontecimientos por el canto de las aves (augurios).

En Los Barreros hemos podido apreciar casos de magia por semejanza, los más numerosos en la caza de lagartijas y sus «quijales» colocarlos en una bolsita, que es colgada en el cuello de los niños para que su dentición sea normal y sin dolor.

La magia por contacto tiene un cumplido ejemplo en los sujetos afectados de tifus en el Barrio de Peral que eran tratados por una curandera mediante la colocación, sobre el vientre, de un pichón recién sacrificado y abierto en canal, para lograr, de esta manera, que el mal vaya pasando por contacto del enfermo al animal.

La astrología ayuda a predecir el sexo de los niños antes del nacimiento; sin embargo, la luna resulta perjudicial para las criaturas pequeñas que, expuestas a la luz, tanto ellas como sus ropas, pueden quedar alunadas.

El mal de ojo viene a ser uno de los procedimientos más difundidos en la *medicina supersticiosa* de esta zona. Consiste en una enfermedad o desgracia que padece una persona por la influencia de la mirada de otra, cuya vista tiene poder maléfico. Sus orígenes son antiquísimos, recayendo sus efectos, bien sobre personas individuales como entre colectividades, ora sobre animales, ora sobre plantas u objetos inanimados. El maleficio puede ser intencionado o no. El primer caso es el de las gitanas de Los Mateos defraudadas en la petición de dádivas, mientras que el segundo corresponde a la persona con poder de aojamiento que sin querer lo produce, por lo que procura llevar gafas oscuras o bien no mirar fijamente a los demás.

Aparte de los gitanos, es creencia muy extendida que poseen la misma gracia los jorobados, los bizcos, los pelirrojos, etcétera.

La «gracia» es una facultad especial potestativa de ciertos sujetos nacidos en Viernes Santo, a las tres de la tarde, y «enzurronaos», para echar el mal de ojo o aotar. Además, si fueron bautizados en Sábado Santo, detrás de cirio pascual, su poder sería más intenso. Raro es el caserío de

nuestra comarca en el que no existan varios sujetos con algunas de estas propiedades.

Los síntomas de un aojado se pueden agrupar en: quebrantamiento general, indiferencia por el mundo circundante, tristeza, astenia, anorexia, palidez, somnolencia.

Prueba definitiva para diagnosticar la enfermedad es la de las gotas de aceite echadas en un recipiente con agua, mediante el dedo medio del hechicero, o con un trozo de pelo de la persona afecta cortado de tres sitios distintos de la cabeza. Si las gotas de aceite se deshacen es señal de que existe el mal de ojo.

El tratamiento se presenta muy difícil considerándose como precepto general que quien mejor lo cura es aquel que lo produjo. No obstante, se combate con la oración siguiente: «En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo...», a esto le sigue una infusión de hierbas varias. Como profiláctico se usan amuletos. Y, en Torre Pacheco, cuando el peligro es inminente, se procura hacer llorar al niño.

Los profesionales de la *medicina supersticiosa* reciben diferentes acepciones: hechicero, ensalmador, santiguador, saludador, compenedor, curandero, zahorí, brujo, etc.

El ensalmo sería la oración que citábamos en el mal de ojo que pretende tener la virtud de influir en los poderes sobrenaturales invocándoles para dominar el mal.

El conjuro es un arma más poderosa, ya que el que lo dice se atribuye un poder maléfico para exigir y no para suplicar: «Conjúrote en nombre de todos los Santos para que en los que más empeño tengas se convierta en agua y sal...». A continuación se reza un Padrenuestro.

Los saludadores curan por la gracia que creen poseer desde su nacimiento. Tal es el caso del afamado anciano de la diputación Santa Ana que prevenía la rabia chupando intensamente las heridas.

Quienes pretenden sanar por medio de ensalmos y conjuros añadiéndoles medios físicos son los curanderos. Suelen poseer gran facilidad de palabra prometiendo curas imposibles. Su clientela pertenece a todas las clases sociales.

La *medicina religiosa* solicita la intercesión divina para evitar o, en su defecto, curar las enfermedades. En nada se opone a la científica, va acompañada de ella aunque está exenta de supersticiones; en su fondo se dejan traslucir comunicándole forma especial con lo que le apartan de su primitivo estado.

Sus manifestaciones en Cartagena

se reducen a: milagros y milagrerías, patronazgo celestial, liturgia popular, oraciones, y ex-votos.

El milagro es un acto del poder divino superior al orden natural y a las fuerzas humanas, mientras que la milagrería es también un hecho que escapa a las fuerzas naturales atribuyéndose a otras misteriosas ajenas a Dios. Son variantes de éstas los atribuidos a San Ginés de la Jara, San Roque, los Cuatro Santos y la Virgen del Rosell.

El patronazgo celestial, que preside oficios y profesiones, no podía estar ausente en la *medicina popular*. Cada enfermedad tiene su abogado protector. Los Cuatro Santos fueron intercesores de las epidemias de peste. San Sebastián, cuya imagen se ubicaba en la desaparecida fuente de la plaza de su nombre, y San Roque, en la ermita de la calle del Carmen, eran fuertes asideros durante las epidemias de fiebres amarillas y terciarias. Santa Rita de Casia, en una capilla de la iglesia de Santo Domingo, abogada de las curaciones imposibles. Favores particulares respecto a enfermedades mortales les atribuyen al Cristo de Veragua, Santa Bárbara, Virgen de la Soledad, etc. Y en las catástrofes generales cuéntase con Santa Catalina que salvó a la ciudad de la gran borrasca de 1694.

Las ancestrales comitivas con las reliquias de los Cuatro Santos, las romerías a la Muela y al Calvario, la caminata a San Nicolás, junto con los días de gracia para importar favores sanadores, son muestras de una rica liturgia popular.

Las oraciones suelen imbuirse de caracteres propios del lugar quedando desprovistas de sentido y cargadas de superstición:

En la puerta de la Caridad
había unos niños descalzos,
San Pedro que los vio,
bajó a vender pepinos
y así poder comprarles zapatos.

En la Diputación de la Palma, existe un lugar llamado Los Médicos, que cuenta con una ermita en ruinas en la que se ha venerado a San Cosme y a San Damián, y que ha sido encrucijada de peregrinación desde todo el campo de Cartagena para implorar favores relacionados con la salud. Incluso tenían su himno —editado en el año 1957—, en el reverso de su estampa, y cuya letra dice:

Santos Benditos Cosme y Damián
Santos Patronos de este lugar
Aquí venimos llenos de fe
Solicitando vuestra merced.

Todos sentimos siempre por Vos
Un acendrado cálido amor
Y en dulce anhelo y hondo fervor
Van nuestras preces hacia los dos.

ESTRIBILLO

¡Salve! Salve a los Santos Patronos
¡Llor! a los sabios Doctores
Que desde su Célico Trono
Nos quitan nuestros dolores

¡Santos Gloriosos! sed alabados
Hoy de rodillas a vuestros pies
Gracias pedimos esperanzados
Nos concedáis por nuestro bien.

Sabios Doctores, velad por Nos
Nuestras plegarias no faltarán
Y agradecidos de corazón
Rendimos gracias ante el Altar.

ESTRIBILLO

¡Gloria! Gloria a los Santos Patronos
Gloria a los Sabios Doctores
Que desde su Célico Trono
Nos quitan nuestros dolores.

Los ex-votos, ofrendas a Dios, la Virgen o los Santos en señal de algún beneficio recibido, constituyen una abundante variedad. La Virgen de la Soledad, el Cristo de la Carrasca, San Ginés de la Jara... pueden observarse rodeados de ellos: ceras reproduciendo la parte del cuerpo afectada, trenzas de pelo, vestiduras, muletas, bragueros, ataúdes minúsculos, y tablas pintadas representando las curaciones o favores.

La *medicina natural* es la fase empírica de la medicina científica. Resulta difícil de individualizarla de la *medicina supersticiosa* y de la *medicina religiosa*. Es sintomática y sus remedios innumerables. El Campo de Cartagena se encuentra plagado de éstos: rábanos, que se ingieren en abundancia para comunicarle fuerza a la orina de los ancianos; infusiones de raíces de granado macho para combatir las lombrices; por vía vaginal, infusiones de hojas de álamo como anticonceptivos o, en su defecto, abortivos.

La Opoterapia, ancestral recurso de la *medicina natural*, goza de plena vigencia en nuestras latitudes. Consiste en proporcionar al organismo el determinado elemento del que carece procedente de igual tejido animal. Los enfermos de hígado toman el de cerdo; a los débiles mentales se les administra sesos de cordero...

En esta *Medicina*, en cierto modo no existe oficiante, no hay curanderos pero siempre presta sus servicios la «vecina» o «comadre», que intercede con sus buenos oficios colocando vendajes para las hernias, tablillas en las dislocaciones de los miembros, pinchando y experimentando abscesos y forúnculos, para llegar, las más atrevidas, a celestinas ayudando a abortar.

Generalizando, la terapéutica popular entremezcla ampliamente las de la *medicina supersticiosa*, *medicina religiosa* y *medicina natural*, partici-

pando de los tres reinos de la naturaleza.

Los remedios naturales gozan de arraigada fama. El plomo y la plata eran ofrecidos a Saturno en su bello templo del Monte Sacro, para que favoreciese a las parturientas. El azabache se erige en profiláctico del mal de ojo usándose como curativo de la vista cansada, sin duda, aprendido de nuestros dominadores árabes. Azufre para la sarna. Tinta de escritorio en las quemaduras. Contra el dolor de muelas las monedas de cobre, y también pulseras del mismo metal cuando aparece «la reuma». Pincelaciones de petróleo sobre la zona cutánea proyectiva de las anginas dolorosas...

Los vegetales ora en su forma natural, ora en gargarismos, ora en cataplasmas, ora en infusiones, son los más numerosos. Parece adivinarse que la mayoría poseen ascendencia musulmana: acibar; adelfas, como tónicos cardíacos; algarrobo; almuces contra las calenturas; biznaga; galanga; abortivos y anticonceptivos como la morera; retama; pepitas de sandía; pimentón molido como antihemorrágico; zúbila; zulla; doncel para el sarampión; mancaperrros para la anemia; mata de la grieta cuando se desea una cicatrización precoz; etcétera.

Entre los animales destacan: las moscas vivas frotadas sobre los orzuelos; soluciones alcohólicas de huesos de burro calcinados, para las quemaduras; contra las llagas, miel de abeja; trozos de culebras para los tumores blancos; leche de mujer en el dolor de oídos; etcétera.

Los astros, amuletos, talismanes, números, colores y otros muchos motivos se yerguen como eficaces terapéuticas populares que por consideraciones de espacio dejamos tan sólo enumeradas.

En torno a lo expuesto, sucinto y parcial resumen de una muy extensa investigación académica, se desprende un caudal de voces y modismos cartageneros, extenso y curioso, de un grafismo manifiesto, de sutil ingenio y sorprendente dulzura, que constituye una forma nueva de expresar la enfermedad y todo lo con ella relacionado.

BIBLIOGRAFIA

- BLACK, W. G.: *Medicina Popular. Un capítulo en la historia de la cultura*. Madrid, 1889.
CASAL MARTINEZ, F.: *Folklore cartagenero*. Cartagena, 1947.
CASTILLO DE LUCAS, A.: *Folkmedicina*. Madrid, 1958.
FERRANDIZ ARAUJO, C.: *Medicina Popular en Cartagena*. Murcia, 1974.